

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
DOCTOR ARTURO USLAR PIETRI
AL AGRADECER EL HOMENAJE QUE LE RINDIERA
EL CONGRESO DE LA REPUBLICA CON MOTIVO DE
CUMPLIR OCHENTA AÑOS**

Agradezco este homenaje ante el cual la palabra gratitud resulta insignificante.

Ante todo quiero manifestar que recibo con plena humildad este desmesurado homenaje y que no pierdo de vista, ni un solo instante, su inmensa desproporción con relación a mis muy contados méritos, pero entiendo bien que en este momento yo no represento mi sola persona, que muchos otros pudieron estar aquí con irreprochables títulos y que yo, en esta hora, no soy sino el transitorio revestimiento personal de una fecunda ansia, sentida por la colectividad, de crear ejemplos válidos para el mejoramiento de su clima moral.

El país quiere activar las viejas virtudes ciudadanas, combatir el morbo del logro inmediato y la riqueza fácil,

restaurar el prestigio de la virtud y de la obra positiva en la República, la añorada figura de los viejos repúblicos de nuestra historia y sólo por un azar, que yo soy el primero en reconocer, ha recaído sobre mis hombros flacos esta exigente carga de añoranza. Yo no soy aquí hoy sino un locus tenens, un casual vicario, el sustituible sustituto, sino el suplantador, de esa vaga figura de esperanza que la nación añora y necesita.

Con muy afectuosa generosidad el doctor Carlos Canache Mata me ha dirigido obligantes palabras de elogio de mi vida y de mi obra, que yo recojo complacido. Ha hablado de mi obra de escritor, de mi larga devoción por Venezuela, de mi torpe pero nunca olvidado empeño de servirla en toda la medida de mis fuerzas y con ella toca fibras muy vitales de mi sensibilidad. No hay línea divisoria entre lo que he realizado como escritor y lo que he sentido como mi deber perpétuo de hijo de esta tierra, puedo decir, sin vanidad, que Venezuela está presente en todas las acciones de mi vida, en mi obra de escritor, en mis actividades de hombre público, en mis preocupaciones diarias y que nada de lo que he dicho y hecho está desligado de mi angustia de entenderla, explicarla y servirla. Es a la imagen embellecida de esa condición a la que se dirige este homenaje, tan desmesurado como la generosidad de todos los miembros del Congreso que lo han acordado. Ya yo no tengo mucho cómo retribuirla pero confío en que su eco estimulante en la conciencia de los jóvenes habrá de ser su sola justificación.

He vivido una larga vida, lo que me da el privilegio de que pueda sentir este trecho de nuestra historia como una experiencia personal, con todas las limitaciones y ventajas que esto implica, he convivido largamente con venezolanos de diferentes épocas y nunca he dejado de sentir el vínculo fundamental, en el acuerdo y en el desa-

cuerdo, que me une indestructiblemente con ellos, mas allá de coincidencias y oposiciones, mas allá de clases y de gustos, mas allá de provincialismos y particularidades, en la fundamental condición que en tiempos más solemnes se llamaba el amor de la Patria.

Nací, me formé y nunca he podido olvidarlo, en un país pobre, atrasado, lleno de necesidades, con escasos recursos y con una larga herencia de anarquía, de inestabilidad, de frustrantes realidades e inalcanzables sueños, que un siglo de guerra civil había arruinado en su economía, en su cultura, en su estructura social y en la confianza en sí mismo. Fue el tiempo en el que se sintió dramáticamente el insoportable contraste entre la visión de gloria de la Independencia y las mezquinas circunstancias de una realidad depauperada en todos los sentidos, en la que cada vez que se hablaba de un futuro deseable era para mirarlo en perspectiva inalcanzable desde un morboso sentimiento de decadencia. Los caudillos que personificaron esa hora se pasaban de unos a otros, como un treno de requiem, la promesa de una regeneración, de una restauración, de una rehabilitación, que no era sino la expresión paladina de la desesperanza colectiva.

Sin embargo, nunca se extinguió el aliento de esperar y servir y en medio de la adversidad hombres insignes abundaron para pensar y preparar un futuro mejor, los que pusieron semillas de progreso, los que trajeron nuevas ideas, los que crearon la conciencia de las posibilidades de la nación, con el ejemplo, con la obra, con la enseñanza, sin otra aspiración sino el modesto título, una vez tan significativo, de amigos del país. Dejó su dura huella en mí la experiencia de la Venezuela pobre, pasé a vivir el deslumbrante proceso mágico de la expansión de la riqueza petrolera y llego hoy a un presente de interrogantes e incertidumbres. Es una

vertiginosa y aleccionadora secuencia que resume y contiene la historia nacional y sus enseñanzas inolvidables.

Pareciera que el súbito sueño de Aladino se hubiera desvanecido de pronto y, en su lugar, hubiera aparecido una inesperada e indeseable realidad.

La riqueza petrolera creó muchas ilusiones, espejismos y malos hábitos y el concepto, irracional, de que la transformación completa de un país podría lograrse súbitamente, como en virtud de un conjuro, por el solo hecho de sentir que se disponía de recursos limitados.

La sensación de omnipotencia y de poder sobrepasan los límites de la realidad económica, social y cultural, parecieron hacer tangibles muchos viejos anhelos de bienestar material, de ostentación orgullosa de modernidad, de costosos símbolos de progreso, que han transformado, sin duda, la fisonomía del país y la mentalidad de sus gentes pero que, por lo inorgánico de su crecimiento y por la invitación desbocada de la riqueza fácil y a la corrupción, crearon otros males tanto o más graves que los habíamos sufrido anteriormente. La faz positiva podría resumirse en el equipamiento y la infraestructura indispensable para todo progreso, vías, comunicaciones, servicios, concepción y realización de planes gigantescos, que venían deformados negativamente por la desmesura, la improvisación y la falta de organicidad. En un proceso de transformación múltiple, simultáneo y sin ritmo de crecimiento tuvieron que aparecer muchas deficiencias, desproporciones y contradicciones fundamentales entre medios y fines, entre proyectos y realizaciones, entre intereses y aspiraciones, entre mentalidades tradicionales y modernización adventicia, entre ideales y posibilidades reales. Se provocaron desviaciones, incongruencias, saltos, divorcios entre proyectos y capacidades, fallas

fundamentales, en lo económico y lo administrativo que bordeaba peligrosamente lo caótico.

Todo parecía posible porque la abundancia de recursos monetarios permitía tender puentes sobre los amenazantes abismos, mantener funcionando planes ineficientes, presentar la apariencia de un crecimiento acelerado, que reposaba sobre supuestos inadecuados. Con el dinero petrolero, que parecía inagotable y creciente, como la bolsa mágica de Fortunato, fue posible por un tiempo posponer la crisis latente. Se asemejaba mucho a una huída hacia adelante. No sólo no supimos aprovechar adecuadamente esos recursos gigantescos y transitorios para echar las bases de una transformación estable y progresiva del país, para la construcción efectiva de una nación moderna y el afianzamiento de una democracia efectiva y funcional, sino que se incurrió en el error imperdonable de abrir anchamente la puerta al endeudamiento público.

Lo que pudimos y no logramos hacer con el petróleo, que nos desbordó, arrastró y extravió con lamentables consecuencias tiene su más patética y dolorosa imagen en la ciudad de Caracas. En el maravilloso marco de su valle, frente al inagotable prodigio del Avila, se pudo concebir y desarrollar una de las más bellas y humanas ciudades del continente, que fuera el patrón modelador del espíritu, la escultura y el trabajo para todo el país, pero lo que vino a resultar de la improvidencia, del afán desbocado de lucro y de la falta de metas definidas ha sido, desgraciadamente, esta informe acumulación inorgánica y desintegrada de torres de concreto de todas las dimensiones, de autopistas y viaductos, de barriadas proliferantes, inasimilables a ninguna forma de vida urbana, sin plan ni concierto, sin respeto para la ley ni para la naturaleza, incompatibles con la imagen y la función de una ciudad histórica, en la que se confunde y resuelve una población desarraigada y desvinculada, acre-

cida constantemente por el flujo incontrolado de la marginalidad nacional y transnacional.

Si el mal se hubiera limitado a invertir insensatamente una gran parte de ese flujo monetario, no nos encontraríamos ante la difícil situación a la que hemos llegado.

La ocasión y la forma en que se contrajo gran parte de esa deuda con bancos extranjeros y agencias internacionales de crédito podría formar parte de una crónica de locura colectiva, de tecnicada picaresca, en la que proliferaron todas las formas de corrupción desde las más elementales y descaradas, hasta las más refinadas y astutas. Es de esperarse que un día próximo entren a formar parte de la historia penal del país. El pueblo venezolano ha descubierto con angustia esa situación creada, en buena parte, por innumerables transacciones financieras con bancos de todo el mundo al capricho y fantasía de los numerosos entes, más o menos autónomos, que no vacilaron en contraerla sin tomar en cuenta elementales normas legales, principios básicos de sana administración, ni posibilidades reales de pago. Al decir esto no podemos dejar de añadir que una parte fundamental de la responsabilidad en la creación desmandada de ese pasivo cae y debe caer sobre aquellas instituciones extranjeras que, sin muestra visible de respeto a las normas financieras más usuales, hicieron, de una manera espontánea y hasta insistente, el triste papel de los prestamistas más alegres de la historia.

Ha podido, quizás, mantenerse por más años esa insostenible situación si el inesperado descenso de los precios del petróleo no hubiera hecho inevitable su planteamiento, y las viejas contradicciones que habíamos creído atenuar y borrar con el subsidio petrolero no hubieran empezado a aflorar de una manera crítica.

La democracia venezolana, en su etapa iniciada el 23 de Enero, ha reflejado, en muchas formas, el clima de la facilidad y la abundancia de recursos. Se formó un poderoso Estado paternalista a quien todo se le podía pedir y que a todo atendía. No era este el clima ideal para que se desarrollara un sistema democrático efectivo que fuera más allá de las libertades públicas y creara en el ciudadano la conciencia de sus deberes y responsabilidades.

Lo que hubiera podido ser sólo un lamentable despilfarro se ha convertido en una pesada carga que grava y disminuye nuestras posibilidades de bienestar, bajo la forma de una desmesurada deuda exterior que devora nuestros recursos internacionales y que lastra el porvenir. Gran parte de esa deuda se contrajo con una abigarrada turba de instituciones de crédito situadas en más de cincuenta países, en las más variadas condiciones y plazos en una especie de competencia de locura entre los más diversos entes autónomos creados en Venezuela, que es difícil concebir que se haya hecho sin una gran margen de corrupción. Mucho debemos aprender de ese doloroso episodio, en el que incesantemente quisimos olvidar las duras lecciones de nuestro pasado de asfixia por la deuda externa arrastrada desde la independencia, de cobro compulsivo y de indignantes humillaciones que remataron en el bloqueo de nuestros puertos por naves de guerra de los países acreedores y por la entrega de nuestras aduanas, en una situación incompatible con la dignidad del país.

Esa inmensa deuda no fue contraída por el Estado a través de los procedimientos legales y constitucionales, que la dura experiencia del pasado había impuesto en nuestra legislación, sino que se formó a través de innumerables y continuas operaciones, hechas por empresas e instituciones de toda laya, fuera de control y concierto en nombre de un falaz capitalismo de Estado, que nunca fue capitalismo,

porque no funcionó como tal y tampoco fue del Estado porque escapaba a su control.

El modelo económico de desarrollo, adoptado por casi toda la América Latina después de la Segunda Guerra Mundial, está hoy en crisis. Son muchos los que hablan de su agotamiento irremediable. Se multiplican los congresos, estudios y simposios en los que, bajo distintas formas, se investigan las causas de este fracaso tan costoso. En el centro de las grandes cuestiones que afectan a este continente, y que llegaron a poner en peligro los regímenes democráticos, está el pensamiento socio-económico predominante por más de medio siglo, corpus teórico al que tanta posibilidad de bienestar fue sacrificada.

Venezuela adoptó esta frágil concepción del crecimiento económico y social. Se ha intervenido, estatizado y burocratizado, en un grado muy alto, la economía del país y, no obstante, se ha esperado que pudiera operar como una economía de mercado. Esta no es una de las menores contradicciones que entorpecen y reducen las grandes posibilidades reales del país para el crecimiento.

En el caso venezolano hubo el factor petrolero que le da unas características peculiares. El petróleo nos permitió cubrir con subsidios y reposiciones de capital las deficiencias del modelo.

En 1973 los países miembros de la OPEP iniciaron una justa política de alza de los precios. Era necesario e inobjetable hacerlo, la más valiosa y útil forma de energía había sufrido, injustamente, el castigo de precios viles, que venían a convertirse en una especie de paradójico subsidio que los países pobres le daban a los más ricos. La OPEP encara esa situación con resolución y acierto. En el mercado mundial los precios del petróleo comenzaron a subir de una manera espec-

taclar. Se pasó, en un corto tiempo de 2 dólares por barril a 7, a 15, y hasta 34. Los países industriales y también los no petroleros del Tercer Mundo, empezaron a sentir el negativo afecto de esta alza de la principal fuente de su energía. El largo período de crecimiento que los países industriales habían disfrutado ininterrumpidamente se detuvo, se desató la inflación, aumentó el desempleo y se creó ese extraño fenómeno de que los periodistas bautizaron de "stagflation". Desde luego que no era el petróleo el único culpable de esa situación, se tomaron eficaces medidas defensivas como la reducción del consumo y la creación de grandes reservas, la desesperada búsqueda de nuevos yacimientos y de fuentes alternas de energía. Parecía crearse la peligrosa e insostenible situación de que la prosperidad de la OPEP era incompatible con el crecimiento de la economía mundial.

La OPEP no se preparó a enfrentar las medidas defensivas adoptadas por los estados agrupados en la Asociación Internacional de Energía y el derrumbe de los precios se produjo de una manera que pareció inevitable.

A través del presupuesto nacional y del mercado de divisas Venezuela se había ido haciendo cada vez más dependiente de la actividad petrolera. Se ha tenido la sensación de que desaparecía la base sobre la cual habíamos asentado todo. Las lecciones de ese episodio tan dramático no debemos olvidarlas.

Nos hallamos ahora en una situación difícil en la que los presupuestos, sobre los que fundábamos nuestra acción pública han sufrido drásticas modificaciones que imponen a su vez la necesidad de revisar programas y compromisos y de trazar políticas más realistas y sanas que tengan en cuenta las posibilidades reales. Sobre una estimación objetiva de los recursos disponibles internos y externos debe basarse la nueva acción.

No es una empresa fácil pero tampoco imposible. Para poder acometerla será necesario que todos tomemos conciencia de su insoslayable necesidad y comprendamos con claridad sus fines y medios.

Es evidente que el Estado no puede seguir asumiendo las mismas cargas que hasta hoy ha asumido, ni en la misma forma, y que hay que hacer una sincera evaluación de necesidades y recursos, de objetivos y posibilidades, para modificar todo lo que sea necesario reajustar y enmendar sin vacilaciones, y de abandonar muchas viejas mentiras convencionales, muchos fetichismos paralizantes y no pocas supersticiones morbosas.

Es una gran oportunidad de renovar y redefinir magnitudes y rumbos, objetivos y medios. Es una excepcional ocasión para que el venezolano demuestre que no sólo la vieja fibra no está muerta sino que está crecida y fortificada con todos los nuevos saberes y las nuevas oportunidades para una gran movilización del espíritu nacional en la empresa de rescatar el destino colectivo y de crear un nuevo tiempo de la historia.

Yo no soy ni he sido nunca pesimista, no es con pesimistas ni tampoco con simuladores como se hace una patria. Mi vieja sensibilidad de venezolano me hace sentir casi físicamente que el país está deseoso de que se le señale un rumbo aunque tenga un precio de sacrificios, que no van a faltar voluntades para tarea tan digna, que hay más soldados dispuestos para el buen combate de fortalecer la democracia, impulsar la economía, hacer efectiva en su pleno sentido la justicia social y abrir caminos al futuro.

No dejemos que nos paralicen viejos fantasmas inconsistentes, hábitos y consejas, porque lo que está en juego es muy grande y se llama el destino de Venezuela.

No estoy diciendo nada que no esté en el ánimo y la preocupación de los magistrados, que muchas veces no haya aparecido en los debates del Parlamento, que no haya sido apuntado por los partidos políticos y por los medios de difusión, que no sea tema de toda reunión grande o pequeña, pero dejar de invocarlo en esta ocasión sería una mengua.

Para esa empresa de salvación todos tienen que concurrir con su aporte de esfuerzo, de consejo, de trabajo y de sacrificio. Allí estarán todos, los viejos y los jóvenes, las mujeres y los hombres, los trabajadores y los empresarios, los de mono azul y los de cuello blanco, los de la pala y los de la computadora, los artistas y los sembradores, los hombres de gabinete y los de taller, porque no hay nadie que no deba y pueda aportar algo, hasta este viejo soldado de la esperanza que se declara presente.

